

Capítulo 5 – Cambio de Régimen – La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 5 – Cambio de Régimen – La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 5 – Cambio de Régimen – La Balada de un Dragón Semibenevolente

Al acercarse Doomwing a la capital, comprendió por qué aquel lugar le resultaba tan familiar en los recuerdos de Jarod. Ya había estado allí antes. De hecho, solía visitarla regularmente hacia el final de la Sexta Era. La ciudad era un mosaico de edificaciones. Las más grandes y elegantes claramente eran vestigios de la Sexta Era, desgastadas por el tiempo, pero aún majestuosas, prueba de los grandes logros alcanzados por la humanidad antes de la Sexta Catástrofe. La magia que en aquel entonces la protegía se había disipado en gran medida, seguramente porque las técnicas para mantenerla se habían olvidado siglos atrás. Siguiendo el gusto arquitectónico de Elerion, las construcciones empleaban extensamente arcos imponentes, columnas ornamentadas y torres delgadas y elevadas. A decir verdad, Doomwing siempre pensó que todo eso parecía un poco pretencioso, pero él era un dragón. Su especie nunca había dado demasiado valor a la arquitectura, ya que nunca había necesitado construcciones para resguardarse. Sus escamas resistían incluso las peores inclemencias del clima, y el fuego que albergaban los protegía del frío más riguroso que pudiera existir en el mundo. Para un dragón, lo que realmente importaba era la fortaleza. Una sólida fortaleza con numerosos soldados, magos y armas era mucho más atractiva que cualquier consideración estética. Elerion lo había llamado un vulgar, y Marcus había estado de acuerdo con él. Pero eso no importaba. Los dragones nunca habían creído realmente en la democracia. Valoraban la fuerza y el poder. Por esa razón, Doomwing tenía la razón, pues era más fuerte que cualquiera de sus amigos. Kagami también lo apoyaba, aunque sospechaba que solo lo hacía para provocar a Elerion. Era típico de ella decir algo atrevido para conseguir una reacción del rey supremo. Probablemente, la única persona en el mundo capaz de mirar a ese alto rey y llamarlo adorable. Es una lástima que, posteriormente, se viera forzado a quitarle la vida, aunque para entonces, ella ya no era realmente Kagami. Las demás edificaciones en la capital eran menos impactantes, aunque se notaban signos claros de progreso. Los edificios con unos doscientos años de antigüedad estaban contruidos mayormente con ladrillos, y no había mucho que alabar en su estructura ni en su apariencia. Sin embargo, las construcciones más recientes, algunas hechas en la última década o dos, mostraban un trabajo de albañilería digno de reconocimiento, y en sus muros se tejían hechizos de segunda y tercera orden. No eran impresionantes, pero la mejora en la técnica valía la pena destacarla. Pero lo que realmente captó su atención fue el gran lago, casi perfectamente circular, situado junto a la ciudad. Recordaba haberlo creado. Elerion se había quejado por no tener un lago adecuado donde construir un palacio de descanso, y Doomwing, harto de sus quejas, utilizó su poder para tallar un cráter circular y llenarlo de agua. Naturalmente, Kagami le reprochó por usar su poder de manera tan imprudente, pero no le impidió tomar el control de las cuadrillas de construcción que Elerion había enviado. Como él prácticamente

construía el palacio para ella, no vio razón para no supervisarlo en persona. Lástima que luego ella lo explosionara. A pesar de todo, fue agradable volver a ver el lago. Casi lo había olvidado. No, en realidad se había esforzado en no pensar en él por todos los recuerdos asociados. Hubo muchos buenos momentos, pero también muchos malos. Aún podía rememorar las discusiones sobre qué tipo de peces deberían añadirse al lago. Al final, dejó que los demás decidieran. No era como si algo que pudieran poner allí fuera a saciar su hambre, ya que cualquier pez de tamaño suficiente probablemente devoraría todo lo que intentaran introducir. Bah, si quería una ballena o un kraken, podía volar hasta el mar. No le quedaba lejos, no para él. Mientras rodeaba la ciudad, notó que la ciudad estaba en conmoción... y no por su presencia. Soldados combatían en las calles, y el enorme complejo de edificios que Jarod recordaba como el palacio ardía en llamas. ¿Estaban siendo atacados? No. Los soldados vestían uniformes y armaduras similares, lo que indicaba que probablemente era un levantamiento. Pero, ¿qué podría haberlo provocado? Sus labios se curvaron en una sonrisa. Había sentido el uso de magia de comunicación mientras volaba sobre la frontera. Que le informaran que un dragón gigante se dirigía hacia la capital quizás había sido el estímulo que los posibles rebeldes necesitaban. Después de todo, si el rey había enfadado a aquel dragón colosal, claramente no era competente y debía ser eliminado. Qué divertido. Doomwing casi se sintió tentado de dejar que todo siguiera su curso, pero si quería ser un emperador digno, necesitaba servidores capaces. No servía que el rey inepto salvara su vida a costa de subalternos más aptos.

La Princesa Antaria abatió a otro miembro de la guardia real y miró a su alrededor para ver si su tío aún estaba vivo. Su intento de derrocar a su padre no había salido como habían planeado. A pesar de su ambición imprudente y su avaricia, la paranoia de su padre le había servido bien. Los veinte miembros de la guardia real que lo acompañaban siempre estaban respaldados por otros treinta, todos ellos ocultos mediante un artefacto que ella desconocía. Sumando los enjambres de soldados y magos comunes a disposición de su padre, y la fuerza élite que ella y su tío habían pensado para atraparlo rápidamente, de repente se encontraron rodeados por todos lados. En algún momento, algún insensato también había prendido fuego al palacio. No solo estaban en clara inferioridad numérica, sino que además operaban con un límite de tiempo. Hasta ahora, el incendio estaba confinado a la ala este, pero no tardaría en extenderse. Peor aún, el jefe de la guardia real era un táctico habilidoso, y había ido empujando lentamente a sus fuerzas hacia el fuego. Habían pedido refuerzos a sus apoyos en la ciudad, pero, según la última información, estaban ocupados combatiendo a los leales en las calles. "¡Antaria!" Se volvió y respiró aliviada. Su tío seguía vivo, aunque su armadura presentaba varios abolladuras, y su brazo izquierdo colgaba inerte a su lado. "Tío." Otro guardia real se acercó apresuradamente, y ella invocó sus escasas reservas de magia. El hechizo de fuego de tercer nivel se formó más lentamente de lo que deseaba, y tuvo poco del poder que había logrado reunir al comenzar la batalla. Sin embargo, fue suficiente para desequilibrar a su adversario, y atravesó con su espada la visera del casco de éste. El golpe no fue perfecto, pero el filo encantado del arma le permitió atravesar el acero de su casco. Sheztiró su espada y contuvo un insulto al ver cómo más soldados llenaban el pasillo. "Tío, estamos perdiendo." "Lo sé perfectamente," respondió. "Pero ambos sabíamos que esto podía suceder cuando decidimos actuar." "Esta era nuestra mejor oportunidad," replicó Antaria. "Con un dragón en camino, pensaba que podríamos sorprender a mi padre. ¿Quién habría imaginado que estaría más preocupado por una posible rebelión que por un reptil de un kilómetro de largo con la venganza en mente?" "Cierto. Pero mi hermano siempre ha sido paranoico con la traición, desde que tomó el trono en primer lugar." Su tío suspiró. "Vete de aquí. Estamos acorralados y solo es cuestión de tiempo antes de ser aniquilados. Tú conoces todos los pasajes secretos del palacio.

Podrás salir. Escapa de la ciudad y trata de reunir más apoyo. Si tienes suerte, el dragón quemará este lugar hasta los cimientos, y ni siquiera tendrás que enfrentarte a tu padre por el control." "Aún tendría que enfrentar a mis hermanos," replicó Antaria. "Y ellos son mayores y tienen más respaldo." "Son muy parecidos a tu padre. Puedo verlos siendo lo suficientemente tontos como para desafiar al dragón." "Tío..." "Solo ve." Él soltó una carcajada. "Tu padre me odia. La única razón por la que sigo vivo es porque sabe que soy mejor gobernante que él. Mientras me fuera útil, me toleraba. Pero ahora, ¿qué? Mataré a tantos como pueda antes de morir y quizás tenga la suerte de matarlo también." Cerró su mano derecha en un puño. "Nunca he sido un gran luchador, pero conozco unos hechizos que podrían ser útiles aquí." "Podemos escapar los dos," insistió Antaria. "Y—" El suelo tembló con violencia, y los combatientes miraron alrededor con cautela. ¿Había sido alguno de ellos? ¿Un terremoto? ¿Había un tercer grupo? El techo se desprendió, no. Fue arrancado y arrojado al suelo como un trozo de leña. Unas relucientes ojos dorados aparecieron sobre ellos, y escamas rubíes y zafiro brillaban en la luz del fuego. Era el dragón. "Buenas noches," dijo el dragón con tono pausado, y su voz sonaba como trueno rodando sobre las llanuras. "¿Interrumpo?" Su padre, que había salido probablemente para observar cómo ella y su tío morían, señaló con un dedo a la bestia. "¿Qué estáis todos mirando? ¡Maten a ese! ¡Maten al dragón!" Para su crédito, la guardia real se movió para obedecer. Una enorme garra cayó, aplastando a una docena en un instante. Los demás se detuvieron y empezaron a mirar, y su padre hizo un sonido que oscilaba entre un chillido y un grito. Ella habría reído si la situación no hubiera sido tan grave. Ni siquiera sabía que podía emitir un sonido así. Una ráfaga de poder se propagó, y el fuego que avanzaba hacia ellos se apagó. El dragón sonrió, y Antaria casi se desmaya ante la vista de cuán grandes eran sus dientes. "Entonces..." La mirada del dragón se desplazó hacia su padre. "Debes ser el rey que pensó que era buena idea enviar soldados a atacar a quienes habitan en mi territorio." "... Su padre intentó hablar, pero no salió palabra alguna. "Esos pueblos me deben tributo... tributo que tus soldados destruyeron." Los ojos del dragón se entornaron. "Me has robado, y no tolero a los ladrones." "Soy rey," logró decir su padre al fin. "No tienes poder sobre mí." "¿Crees que tu título te da poder?" El dragón soltó una carcajada, y su sonido casi hizo que Antaria perdiera el equilibrio. "Qué divertido. Los títulos no te otorgan poder, pequeño humano. No. El poder es lo que te permite alcanzar los títulos. ¿Cómo crees que Elerion el Valiente llegó a ser Alto Rey? Fue el poder, puro y abrumador poder. Por eso los demás humanos le kneelaban, le entregaban sus coronas, sus hijas y sus reinos. Y por eso él nunca fue tan tonto como para exigir mi obediencia, porque sabía que, a pesar de todo su poder, yo podía aplastarlo como a un insecto." Su padre gruñó. "Sobrestimas, dragón." Sonrió con astucia. "Me advirtieron de tu llegada, y preparé un recibimiento adecuado." Levantó la voz. "¡Ahora! ¡Obedéceme! ¡Mátale, al dragón!" Magos emergieron de pasajes escondidos, llevando artefactos sacados de las mazmorras profundas del palacio. Los ojos de Antaria se abrieron de par en par. Esos artefactos eran objetos antiguos, de los más poderosos del reino. Su padre los había usado antes para matar a un dragón. "¿Vas a intentar matarme con eso?" El dragón rodó los ojos. "Me ofendes." Los artefactos y los magos que los portaban estallaron en vívidos destellos de sangre y gore. Su padre quedó bocabado. "Baratijas y juguetes," dijo el dragón. "Son tan inútiles que ni siquiera los añadiría a mi tesoro. Ahora... ¿qué hago con vosotros?" Su padre cayó de rodillas. "¡Apártense, poderoso dragón! ¡Tengan piedad, y entregaré mi reino y mi corona!" Era una cobardía, pero Antaria no podía culparlo. El dragón había destruido algunas de las mayores riquezas del reino con facilidad, y era tan inmenso que no podía imaginar qué podría dañarlo. Ante semejante poder abrumador, ¿qué podía hacer su padre más que arrodillarse? Tenía delirios de grandeza, pero también le gustaba vivir. Por supuesto, si el dragón lo perdonaba, no cabía duda de que su padre eventualmente intentaría apuñalarlo por la espalda en cuanto creyera que podía salir victorioso. "¿Si te doy una

orden, la obedecerás?" La voz del dragón se llenó de diversión. "Por supuesto," respondió su padre. "Solo di la palabra, y haré lo que me digas." "Hmm... muy bien." El dragón volvió a sonreír. "Entonces muere." "¿Qué?" El dragón volvió a bajar su garra, y así quedó aquel rey que se atrevió a llamarse Elerion tras nuestro ancestro. El dragón levantó la garra y, en un movimiento similar al de un hombre al espantar una mosca, la movió de un lado a otro. "Qué patético," dijo el dragón. "El verdadero Elerion no se habría arrodillado allí. Habría muerto luchando, por muy inútil que fuera. Algunos hombres, después de todo, no tienen en ellos la valentía de arrodillarse, mientras que otros sacrificarían todo solo para vivir un día más." Sus ojos dorados se clavaron en Antaria y su tío. "Me dicen que el rey tenía un hermano menor que no era del todo inútil en gobernar un reino. ¿Eres tú?" Su tío tragó saliva y asintió. "Sí, gran dragón. Ese soy yo." "Bien. Ahora eres rey." "... ¿Qué?" soltó su tío. "Yo voy a tomar el control del reino. Desde hoy, seré el Emperador Dragón Doomwing. Este reino me pertenece, y no tardará en crecer y sumar otros. Tú lo gobernarás en mi nombre, como rey." "Yo... ¿uh...? de acuerdo?" respondió su tío. "Sígueme bien y serás recompensado ricamente. Maltrátame y morirás como tu predecesor." Doomwing volvió a mostrar sus dientes. "Tu nombre es Enarion, ¿verdad?" Su tío asintió lentamente. "Y tienes mucho interés en la ciencia, la magia y la historia pasada, ¿cierto?" Asintió otra vez. "Soy un dragón de la Primera Edad." "¿La Primera Edad?" Su tío avanzó un paso. "Entonces... ¿tienes pergaminos y libros del pasado?" "Tengo todos los libros y pergaminos que puedas imaginar. Sirveme con lo mejor que puedas, y te permitiré leer copias de algunos. Incluso te concederé acceso a ciertos textos para que puedas cumplir mejor con mi mandato." "¿Qué... qué quieres que haga?" preguntó su tío. "Me han contado que eres responsable de buena parte de la prosperidad reciente de este reino. Yo soy un dragón. Lo que deseo es tributo. Cuanto más próspero sea el reino, más tributo podrá ofrecermelo. Por eso, tu tarea será guiar a este reino, mi reino, hacia una prosperidad aún mayor." Su tío quitó su casco, y Antaria vio que las lágrimas brillaban en sus ojos. ¿Cómo no hacerlo? El dragón les había perdonado la vida y, en lugar de exigir que entregaran personas para devorar, le había ordenado a su tío que gobernara hacia una mayor prosperidad. "Haré lo que me has pedido, gran Doomwing." "Llámame Emperador Dragón Doomwing." "Por supuesto. Emperador Dragón Doomwing." Su tío hizo una mueca. "Pero hay quienes se opondrán a mí. Mi hermano tuvo hijos. Sin duda intentarán derrocarlo." "Infórmale que cualquier ataque contra ti será considerado un ataque contra mí." Los ojos de Doomwing brillaron con promesas de violencia. "Y no habrá segundas oportunidades. Solo muerte. Pueden cooperar o morir." Miró a los restantes miembros de la guardia y a los soldados que, hasta la llegada de Doomwing, hacían lo posible por matarlos. "Esto también vale para todos los demás." Los guardias y soldados se arrodillaron inmediatamente y comenzaron a jurar lealtad. Era completamente comprensible. "También necesito otra cosa," añadió Doomwing. "¿Qué deseas, emperador dragón?" "A ella." Doomwing señaló a Antaria. "La voy a necesitar." Los ojos de Antaria se abrieron de par en par. "¿Yo?" balbuceó. "¿Para qué me necesitas?" "¿Para qué necesita alguien a una princesa?" preguntó Doomwing. "Uhm..." Antaria no pudo evitar pensar en todas las historias que había leído sobre dragones y lo que hacían con princesas. "Yo..." Miró a su tío buscando ayuda. Él la miró, encogió los hombros y suspiró sin ganas. "¿Me vas a comer?" preguntó al fin. "...". Doomwing inclinó la cabeza. "Eres diminuta. Ni siquiera serías un bocado. No, no voy a comerte. Necesito a alguien que ayude a administrar las aldeas en mi territorio. De ahora en adelante, serás tú." "Oh."